

Recordando, preguntó:

—¿El señor Romantín no ha vuelto?

La portera dijo vociferando:

—¿Quiere usted callar? Largo de aquí. Al menos que no le vea cuando entre.

Saval turbado, murmuró:

—Pero si me han quitado mi ropa...

Fué preciso avisar á unos amigos, pedirles dinero y comprarse ropa. Tomó el tren de la noche.

Y cuando se habla de música en sus tertulias de Vernón, dice con el aplomo de quien sabe muy bien lo que se dice, que la pintura es un arte secundario, de poco más ó menos.



EL VENGADOR

CUANDO Antonio Leuillet se casó con Matilde, la viuda de Souris, hacía ya diez años que se hallaba enamorado de ella.

Souris era el amigo, el viejo camarada de colegio de Antonio Leuillet, quien le quería mucho, encontrándole, sin embargo, un poco simple, y decía con frecuencia:

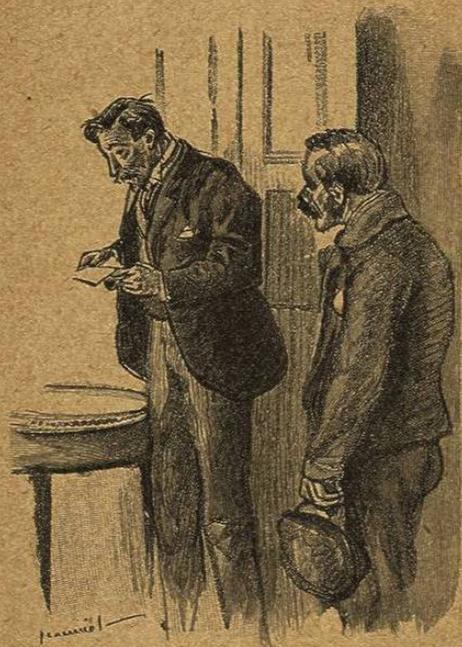
—Este pobre Souris no ha inventado la pólvora.

Cuando supo que Souris se casaba con Matilde, quedó Leuillet sorprendido y un poco molesto, porque sentía mucha inclinación hacia ella.

Era la hija única de una señora de su vecindad, retirada del comercio con un insignificante capital. Matilde, bonita, delicada, inteligente, apechugó sin duda con Souris por verse rica.

Entonces Leuillet concibió esperanzas de otro género, pretendiendo á la mujer de su amigo, y, á

pesar de que tenía buena figura, talento y tanta renta como Souris, nada consiguió. Lo imposible de sus propósitos fué causa de que se apasionara



verdaderamente, siendo un enamorado discreto, prudente y tímido.

La señora de Souris, convenciéndose de que ya no la pretendía con deseos voluptuosos, correspon-

dió sinceramente á sus atenciones con una verdadera y noble amistad.

Pasaron así nueve años, hasta que una mañana un recadero llevó á Leuillet, escrita en el respaldo de una tarjeta una frase desconsolada de la pobre señora. Souris acababa de morir de repente.

Lo primero que sintió Leuillet fué la sacudida desagradable que una peligrosa noticia produce, pues los dos amigos eran de una misma edad. Pero al instante borraron sus temores destellos de profundas alegrías: Matilde no tenía ya dueño.

Sin embargo, supo mostrarse afligido como lo exigían las circunstancias, y aguardó el tiempo necesario para no faltar á las usuales conveniencias.

A los quince meses contrajo matrimonio con la viuda.

Este suceso pareció cosa natural y hasta un arranque generoso.

Al fin hallaba su felicidad.

Vivieron cordialmente, íntimamente, comprendiéndose y estimándose desde el primer día. No tenían secretos el uno para el otro, y se comunicaban sus más íntimos pensamientos. Leuillet sentía por Matilde un amor tranquilo y confiado. Pero le quedaba un resentimiento singular, inexplicable, contra el difunto Souris, que había gozado antes á la

mujer que le sacrificó el primer perfume de su juventud y de su alma. Este recuerdo nublaba un poco las dichas del segundo marido.

Celoso y soliviantado, hablaba con frecuencia de Souris, queriendo conocer mil detalles íntimos de sus costumbres; y todo le inspiraba ironías y burlas, recalcando sus defectos y poniendo más de relieve sus ridiculeces.

Llamando á su mujer cuando se encontraba en otras habitaciones, la decía:

—Ven, que deseo preguntarte una cosa.

Y ella se acercaba sonriente, segura de que le hablaría del difunto y halagando esta inofensiva preocupación de su nuevo esposo.

—Dime, ¿recuerdas que un día Souris quiso demostrarme que las mujeres gustan más de los hombres de mediana estatura que de los altos?

Y se perdía en divagaciones que honraban poco al difunto, poniéndole á él en buen lugar; Matilde, que le daba la razón en todo, reía graciosamente.

Así eran felices, muy felices, y Leuillet no dejaba de probar á Matilde su amor inagotable, con todas las manifestaciones de costumbre.

Pero una noche, hallándose desvelados los dos, Leuillet, que acariciaba muy apasionadamente á su esposa, le dijo:

—Escucha.

—¿Qué quieres?

—Hacerte una pregunta... bastante difícil: ¿Souris era muy... cariñoso?

Ella, besándole con ternura, balbuceó:

—No tanto como tú, rico mío.

Satisfecho en su amor propio, el marido insistió:

—Debía ser bastante... soso, ¿eh?

Matilde no respondió, y riendo maliciosamente apoyaba el rostro en el cuello de su marido. Este insistía.

—Debió ser muy soso... y también algo torpe...

Ella hizo un gesto afirmativo. El prosiguió:

—Y algunas noches debería molestarte, aburrirte con sus...

Matilde respondió viva y francamente:

—¡Oh! ¡Sí!

Leuillet la besó con entusiasmo, añadiendo:

—Era un poco bruto; incapaz de hacerte feliz.

—No me hizo feliz.

Leuillet estaba encantado, comparando en su imaginación el primer matrimonio de Matilde con el segundo y deduciendo, naturalmente, un juicio muy favorable para él.

Estuvo sin hablar un rato; y luego exclamó satisfecho:

—Dime.

—¿Qué?

—¿Vas á responderme con franqueza? ¿Con absoluta franqueza?

—Sí.

—Dime, ¿no sentiste nunca tentaciones de... de engañarle?

Matilde lanzó una exclamación de sorpresa pudorosa, ocultando la cara en el pecho de su marido; pero él, notando que reía, insistió:

—Confíesalo. El pobre hombre tenía cabeza de cornudo. ¡Sería tan gracioso! Dímelo, anda, no dudes. A mí no me lo debes ocultar. A mí...

Suponía que si alguna vez pensó en engañar á Souris fué con él, con Antonio Leuillet, su adorador constante, su amigo de confianza, y el gusto de oír aquella confesión le obsesionaba, estando convencido de que, á no ser por la gran virtud de Matilde, la hubiera gozado ya en tiempo del otro. Pero ella no respondía, riendo sin cesar, como si recordara un suceso muy cómico.

También Leuillet comenzó á reir, porque le cosquilleaba la idea de que los deseos refrenados y las intenciones de Matilde habían hecho moralmente cornudo al primer marido. ¡Qué jugarreta! ¡Qué burla!

Y balbuceaba, estremecido por su alegre risa:

—El pobre Souris... ¡ah! ¡ah! tenía la cabeza... ¡ah! ¡ah!... de predestinado... ¡ah! ¡ah!... Sí... ¡ah! ¡ah!... Matilde retorciéndose, muerta de risa, no podía más. Y Leuillet insistía.

—Cuenta, cuenta. Sé franca. Comprenderás que la cosa no puede molestarme.

Ella, que seguía riendo, balbuceó:

—Sí... Sí...

—Sí... ¿Qué? Vamos; dilo todo.

Matilde, acercando los labios al oído de Leuillet, que aguardaba impaciente una deliciosa confidencia, murmuró:

—Sí; le había engañado.

Su marido sintió un estremecimiento como si se le hubiera helado la medula, y balbuceó:

—¿Tú... tú... le has engañado... completamente?

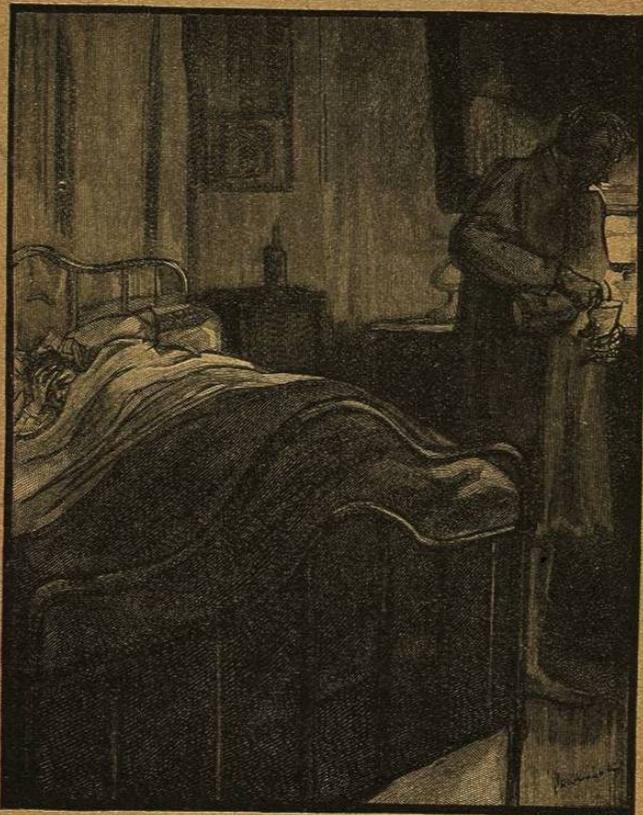
Matilde, creyendo que aún le alegraba la confidencia, prosiguió:

—Sí... ¡Completamente!

Leuillet tuvo que incorporarse porque se ahogaba. Le hizo tanto daño adquirir aquella certeza como si fuera engañado él mismo. Calló de pronto y al cabo de un momento lanzó un profundo suspiro.

Matilde ya no reía, segura de que su alegre aturdimiento la hizo cometer una imprudencia.

Al cabo Leuillet preguntó:



—¿Y con quién?
Hubo unos instantes de silencio.
El marido repitió:

—¿Con quién?

Y la mujer dijo:

—Con un joven.

Leuillet, inclinándose hacia ella bruscamente, hablaba con sequedad.

—Ya me figuro que no sería con la cocinera. Pero lo que yo te pregunto es quién era ese joven.

Matilde no respondió. El marido, tirando de la sábana con que ella se cubría la cabeza, repitió:

—Lo que yo te pregunto es quién era ese joven. ¿Has entendido?

Y ella, esforzándose vanamente para disimular su angustia, dijo:

—Fué una broma.

—¿Cómo? ¿Una broma?—exclamó el marido furioso—. ¿Querías divertirte conmigo? No es una broma. Dime lo que te pregunto.

Ella seguía silenciosa, inmóvil.

Cogiéndola de un brazo y sacudiéndola violentamente, Leuillet gritó:

—¿No quieres contestarme? Pues yo exijo que me contestes á lo que te pregunto.

Matilde murmuró nerviosamente:

—Calla. Te has vuelto loco.

Leuillet furioso, desesperado, zarandeándola, re-

BIBLIOTECA UNIV. DE MEXICO
UNIVERSIDAD DE MEXICO LEON
MEXICO 1925

—¿Me oyes? ¿Me oyes?

Ella quiso desasirse con un movimiento brusco y con la punta de los dedos tocó á la nariz de su marido. Este, creyendo que su mujer había intentado pegarle una bofetada, la emprendió á golpes con ella, sopapeándola muy lindamente.

—¡Toma! ¡toma! ¡descarada! ¡maldita! ¡mujerzuela! ¡mujerzuela!

Cuando estuvo cansado, levantóse, y acercándose á la mesa, tomó un vaso de agua con azúcar y azahar.

Matilde lloró amargamente, sintiendo que se derrumbaba toda su dicha.

Y entre abundantes lágrimas, repetía sollozando:

—Escúchame, Antonio, no me abandones, ven; te juro que fué un engaño; tú sabes que íto puede ser verdad. Acércate, Antonio; escúchame...

Preparando su defensa con explicaciones y mentiras bien hilvanadas, Matilde se incorporaba humildemente.

Y Antonio se acercó á ella silencioso, avergonzado ya de sus furores, pero sintiendo en su corazón de marido un odio inextinguible contra la mujer que había engañado al otro, contra la casada que faltó á sus deberes de buena esposa.



LAS PRIMERAS NIEVES

EL camino de la Croisete curvándose, bordea el agua límpida y azul. A la derecha y en los confines del horizonte, avanza el Estertel cortando el mar, y limita el panorama con sus cumbres pintorescas, agudas y numerosas.

A la izquierda, las islas de Santa Margarita y San Honorato, aparecen cubiertas de pinos; y en las faldas montañosas de Cannes, las blancas villas parecen dormir al sol. Se descubren desde muy lejos, diseminadas, y semejantes á copos de nieve salpicando el verdor obscuro.

Las más próximas á la orilla del mar, abren su verja de hierro junto al camino que del otro lado bañan las olas tranquilas.

Apenas un ligero escalofrío turba la placidez encantadora de un día de invierno. Sobre las tapias de los jardines asoman los naranjos y limoneros